

Día 10. Bienaventurados los pobres de espíritu

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre bueno, que enviándonos a tu Hijo para abrazar nuestra pobreza, nos has abierto a la verdadera bienaventuranza, concédenos ser iluminados por tu Espíritu Santo, para que podamos emprender el camino que Jesús nos ha trazado y alcanzar el reino de los cielos.

MEDITACIÓN:

En el día de hoy y en los sucesivos, vamos a adentrarnos en el sermón de las bienaventuranzas que es una llamada a conocer e imitar el Corazón de Jesucristo. El sujeto secreto del sermón de la montaña es Jesús¹. Solo en el Corazón de Jesús la paradoja de las bienaventuranzas deja de ser algo irreal o impracticable. ¿Quién si no Jesús es el «pobre de espíritu»? En el Evangelio le vamos a encontrar muchas veces convertido en un pobre que mendiga. Un ejemplo de esto es el pasaje en el que el Salvador mendiga sediento a la mujer samaritana:

Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». (Jn 4)

Por lo general, nadie quiere ser pobre, nadie quiere tener que mendigar y mucho menos depender de otro. Nadie lo quiere. Nadie... salvo Jesús. Él es la revelación más impresionante del amor de Dios².

En el pasaje del Evangelio de san Juan que acabamos de leer, descubrimos a un Dios que no se avergüenza de tener que sentarse, cansado del camino, con el deseo de mendigar de esta mujer samaritana un poco de agua. Jesús tiene sed material, sed real, pero sobre todo tiene sed de que esa mujer pecadora descubra en sí su dignidad de hija de Dios. Ella se acerca al pozo avergonzada, va a sacar agua a mediodía, cuando está segura de no encontrarse con el desprecio de sus vecinos. Jesús quiere que esta mujer, realmente pobre en todos los sentidos, experimente que encierra en sí una riqueza tal que es capaz de saciar la sed del mismo Dios. Para esto se ha hecho Él pobre.

En nuestro camino hacia la consagración, ¿queremos conocer cómo es realmente el Corazón de Jesús?: ¡en esta bienaventuranza lo encontramos! El Corazón de Jesús es, fundamentalmente, un espacio completamente vacío para poderse dejar ocupar enteramente por el amor al Padre y a los hermanos. Este es el proceso que nosotros tenemos que hacer para tener un corazón semejante al suyo: vaciarnos. Vaciarnos sabiendo que esto nos va a hacer poseedores del reino de los cielos, porque el reino es Jesucristo y Él está deseando, tiene sed de ser poseído por el que no tiene más riqueza que la de saberse incondicional y gratuitamente amado por Dios.

Así nos lo explica el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos* citando a san Juan de la Cruz:

El Infinito de algún modo se abaja para que a través del Corazón abierto de Cristo podamos vivir un encuentro de amor verdaderamente mutuo: «Cosa creíble es que el ave de bajo

¹ JOSEPH RATZINGER, *Mirar a Cristo*

² BENEDICTO XVI, *mensaje de Cuaresma 2007*

vuelo prenda al águila real muy subida, si ella se viene a lo bajo, queriendo ser presa». (...) Él es el ciervo vulnerado, herido cuando todavía no nos hemos dejado alcanzar por su amor, que baja a las corrientes de aguas para saciar su propia sed y encuentra consuelo cada vez que nos volvemos a él».³

El Corazón de Cristo es todo abajamiento, todo pobreza de espíritu, porque arde en las ansias de que nosotros seamos ricos en el Reino de los cielos: esta es la bienaventuranza que nos propone.

PROPÓSITO:

Jesús, durante el día de hoy, ayúdame a reflexionar sobre alguna «riqueza interior» de la que el Señor me pide desprenderme para poder hacerle espacio en mi corazón.

JACULATORIA:

Jesús, que te haces pobre para mendigar mi amor, haz mi corazón semejante al tuyo.

³ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 69